

## Capítulo

# 1

## Vanity Unfair

1 hora, 22 minutos y 17 segundos desde que se concedió el último Oscar a la mejor película del año.

Paulie! ¡Blanca! ¡Lola! ¡Christopher! ¡Aquí! ¿Qué tal si nos hacemos una foto la familia Santisi junta?». Los paparazzi disparan una meteórica lluvia de flashes que nos bombardea. Apenas podemos ver mientras nos dirigimos hacia el trozo de alfombra roja cedido a *Vanity Fair* para la foto de los premiados al Oscar —la primera fiesta del año en Hollywood—.

Mi madre nos estrecha a mi hermano mayor, Christopher, y a mí contra ella, lanzándole una mirada suplicante a su marido.

—Por favor, Paulie, ven, quiero una foto de los cuatro —murmuran sus labios rojos, mientras sus ojos azul mediterráneo centellean a través de la huidiza y brumosa sombra de ojos que François Nars en persona ha maquillado hace apenas cinco horas en Villa Santisi—. Podremos usarla como felicitación de Navidad.

Sólo a una excéntrica madre judía se le ocurriría mandar tarjetas de Navidad tomadas en el tramo de alfombra roja asignado a la revista *Vanity Fair*. Pese a estar muy lejos de parecernos a la familia perfecta retratada por Norman Rockwell, mi madre quiere que posemos ante las cámaras como si lo fuéramos.

Apuesto a que mamá es capaz de quedarse aquí toda la noche como si fuera ella quien hubiese ganado el Oscar, agitando y moviendo la falda de su impresionante vestido de seda fruncida de Chanel para los fotógrafos, al tiempo que asoma uno de sus muslos aceitunados y torneados por el pilates («Estiliza la silueta, Lola, deberías probarlo»). Incluso el diamante negro de la libélula que lleva prendida Neil Lane en su melena gris parece estar suplicando una foto. Actúa como si estuviera de nuevo en el estudio de Irving Penn, posando para una de las muchas portadas de *Vogue* que protagonizó en los años setenta.

—Mi padre pone los ojos en blanco.

—De acuerdo, Blanca, sólo una —declara alisando su traje a medida de Armani, regalo de un italiano a otro, excepto que mi padre no es exactamente italiano. Es de Georgia. Además de judío. Su apellido era Stowitz, pero lo cambió cuando se trasladó a Hollywood en un intento por parecerse un poco más a su ídolo, Marcello Mastroianni, con quien, cuando era joven y delgado, guardaba cierto parecido.

Bajo su elegante esmoquin disimula los cerca de ciento catorce kilos que ostenta gracias a una dieta nocturna a base de jamón de Parma, espaguetis y albóndigas servidas en su reservado del restaurante Dan Tana. Digamos más bien ciento diecisiete. El pobre papá lleva comiendo por dos —su ansiedad y su ego— durante los dos últimos meses de cuenta atrás para los premios de la Academia. Rodea con el brazo a mi madre y, sonriendo, levanta su pequeña estatuilla de oro en el aire mientras nuevos flashes estallan ante nuestras caras.

—Sonríe —le susurro a Christopher cuando apoya su metro ochenta y cinco contra mí. Con sus greñas negras y sus zapatillas Converse verdes combinadas con el esmoquin, mi hermano se parece más a uno de los integrantes de All American Rejects or Panic de su discográfica que al director de vídeos musicales—. Hazlo por mamá —bromeo mientras los fotógrafos continúan duchándonos con su lluvia de flashes.

Ahí está la instantánea congelada de mi familia en la alfombra roja. ¿Y dónde encajo yo en todo esto? La imagen que emitirá el último show nocturno por cable de la fiesta me mostrará a mí, Lola Santisi, de veintiséis años de edad, miembro de la realeza de Hollywood, pero sin reino —y sin ni siquiera propiedades que llamar mías—, cuya figura de metro setenta (contando los diez centímetros de mis tacones), apresuradamente vestida con un atuendo de urgencia —un traje prestado de perdería granate de la talla cero, dos tallas menos que la mía, y diez centímetros más corto—, me hace sentir como una réplica rubia de Betty, la fea.

—No más fotos —declara mi padre mandando alejarse a los fotógrafos mientras busca en el bolsillo interior de su esmoquin un Cohiba Espléndido (de contrabando) que fumar para celebrarlo. Lleva por el cuello, ahogándolo, su Oscar al Mejor Director, como si temiera que fuera a desaparecer si lo soltara.

Conseguir un segundo *hombrecillo dorado* después de ocho años (y tras una larga cadena de fracasos y muchas canas en la barba) demuestra lo que mi padre pensaba desde que tenía dieciséis años: que es el mejor director de cine vivo. Y si el día de mañana alguien lo olvida, ya se encargará él de recordárselo.

Ojalá mi padre me quisiera tanto como a ese Oscar.

—Necesito salir de aquí —susurra Christopher—. Te veo dentro —dice, desapareciendo entre la multitud.

De repente, me apunta un fotógrafo en cuclillas, tras tomar unas ciento cuarenta y tres fotografías de Jennifer Garner y Ben Affleck dándose un beso de tornillo. Debe de ser novato si enfoca su cámara hacia mí. Nadie va a querer ninguna foto mía sin mi padre. Me estremezco. ¡Dios, no; no con *este* vestido! Ni siquiera he tenido tiempo de fotografiarme con la Polaroid.

Que quede claro: nunca sabrás qué aspecto tienes hasta que te veas en una fotografía. Ése es el motivo por el que siempre debes usar una Polaroid con tu vestido de fiesta antes de salir de casa. Estás en un grave error si piensas que el espejo te dirá la verdad. Un espejo es como una mala relación. Refleja lo que cree que quieres en ese momento, sólo para, más tarde, darte en las narices con la verdad. Lo sé. Es doloroso. Y mucho más si es en la noche de los Oscar.

La verdad es que en mis días buenos suelo puntuarme con al menos un ocho. Bueno, está bien, eso sería recorriendo la calle principal de Muskogee, Oklahoma. Pero estamos en Hollywood. Aquí me atribuyo un seis. Sobre todo si estoy cerca de Charlize Theron, que está a diez pasos de nosotros con un ceñido traje de Christian Dior, de organza azul con tul de seda, que quita el hipo. Los largos pendientes de brillantes que rozan sus hombros desnudos son como lanzallamas virtuales, y los fotógrafos se la están comiendo literalmente. Esa sí que ha usado la Polaroid. Y encima se va a casa con Stuart Townsend.

Estiro el borde de mi traje como si pudiera alargarlo, deseando llevar puesta cualquier cosa menos ésta. Todas las pestañas postizas, polvos bronceadores y pintalabios rojos del mundo no podrían evitar este desastre. A mi lado, el defectuoso vestuario de Janet Jackson es un simple paseo por la pasarela de Alexander McQueen. Ni siquiera un buen baño caliente escuchando a Wayne Dyer en el iPod podrá aliviar mi disgusto cuando vea esas instantáneas. Estas cuentas imitan-

do rubíes, cosidas a mano, chocan completamente con mi sombra de ojos y mis Louboutin, ambos de color púrpura, que tan magníficamente complementaban el exquisito vestido que se suponía que iba a llevar.

Pero nada esta noche —o esta semana— ha salido como se suponía. Teóricamente debía tener mi final feliz *made in Hollywood*. Mi primera y única relación amorosa —a lo Kate Winslet y Leo DiCaprio en *Titanic*— tendría que haber estado conmigo. Me siento como si me hubieran pateado el pecho con esos taconazos plateados de YSL que lleva puestos Nicole Kidman.

—¡Angelina! ¡Brad! ¡Angelina! ¡Brad! ¡Mirad hacia aquí! ¡Sólo una más! —gritan los paparazzi. Sus voces retumban como en un estadio mientras, de mi familia, pasan a centrarse en los más impresionantes señor y señora Jolie-Pitt, la cúspide de *la cadena* de Hollywood. Graydon Carter utilizó ese símil de la cadena alimenticia para crear su teoría darwiniana sobre las maravillosas invitaciones a la fiesta posterior a los Oscar. Las especies superiores, las del primer nivel, consiguen el mejor horario: Angelina y Brad están citados a las 21:30; la ganadora en la categoría de mejor sonido acudirá (sin acompañante) a las 23:30, y ni un segundo antes. Al menos ella y su Oscar no habrán sido relegados a la fiesta «de consolación» organizada por Elton John en el Centro de Diseño del Pacífico, con Paula Abdul y John Stamos. El día en que se envían las invitaciones, todo Hollywood está angustiado pensando si estará en la lista de los mejores horarios. Entre nosotros, en mi invitación dice las 21:30; aunque, entre nosotros, eso nada tiene que ver con mi nombre de pila y sí mucho con mi apellido. Pero siempre será mejor que ver el programa especial de los Oscar de Barbara Walters por televisión, enfundada en tu pijama de Wonder Woman y engullendo una tarrina de helado Häagen-Dazs. ¿O no?

Mi boca tiene palpitaciones de tanto sonreír mientras atravesamos la puerta principal de Mortons. Estoy deseando liberar mi pelo de este moño tan tirante, echarle mano a una copa de champán y encontrar a Kate, mi MAE\*. La idea de enfrentarme a esta fiesta completamente sola, sin la ayuda de un poco de alcohol y de mi mejor amiga, me resulta inconcebible. Kate pertenece a los de las 23:00, pero seguramente la dejarán pasar antes. Su cliente Will Bailey, la última sensación, acaba de obtener esta noche la estatuilla al mejor actor.

No sé cómo voy a encontrar a Kate; Mortons está hasta la bandera. Todos los presentadores, triunfadores e incluso perdedores están aquí. Incluso si el jefe de bomberos desconectara la electricidad, los doscientos quilates de diamantes prestados por Fred Leighton a Jennifer López mantendrían el lugar iluminado. Me cruzo con las caras sonrientes de Ang Lee, Al Gore y Sandra Bullock, que están felicitando a mi padre mientras mi madre se pavonea orgullosa a su lado.

Graydon Carter, el hombre *Vanity Fair* en persona, es el centro de atención en la sala. Su cardado de pelo es tan impresionante que parece esculpido por Robert Graham. «La cuestión no es a quién le dices “sí”, sino a quién le dices “no”», le escucho decir a Kelly Lynch (miembro titular de su círculo íntimo). Graydon Carter es muy bueno diciendo que no. *In Style* puede haber mostrado tu boda de cinco millones de dólares en el Cipriani de Venecia, pero si tu célebre media naranja está localizando exteriores en Toronto, olvídate de venir sólo a la fiesta. Basta con fijarse en la mujer de Russell Crowe (no te preocupes, yo tampoco sé su nombre). Remite un fax al mandamás explicándoselo todo, junto con un cenicerito de regalo de cuatrocientos cincuenta dólares de Hermès y la respuesta seguirá siendo no. Ni hablar. De ninguna manera. Y ni siquiera

---

\* MAE: mejor amiga eterna.

eso disuade a la gente de intentarlo. Por lo visto, Graydon Carter llegó incluso a decirle que no a un desesperado imitador que le ofreció cien de los grandes por una invitación de las 23:30. La fiesta del *Vanity* tiene más difícil acceso que una inauguración presidencial, aunque ignoro por qué alguien querría asistir a algo así.

Me escabullo junto al superagente Ed Limato, que conversa con David Beckham, y eludo a sir Elton. Supongo que hasta el propio Elton John prefiere estar aquí, y no en su propia fiesta. Al dirigirme hacia Dominick Dunne y Jessica Simpson, imbuidos en una intensa conversación, escucho cómo él le explica pacientemente: «No, querida, aunque suene parecido, la gripe aviar no tiene nada que ver con beber agua Évian».

—¡Lola! —me doy la vuelta para encontrarme con la Reina de las Películas Adolescentes (cuya tendencia a protagonizar anuncios subidos de tono, sin braguitas, le ha otorgando una segunda corona, la de Reina de los Descerebrados), que apoya sus uñas pintadas de laca negro satén de Chanel sobre mi hombro desnudo. Al menos ya no está tan esquelética como tras su desafortunada dieta «Espiral de Muerte». Aunque irradia ese tono naranja radiactivo del que son víctimas algunos famosos durante la temporada de premios—. ¡Bonito traje! —afirma con sonrisa espartana.

—Gracias —contesto, sintiendo que una oleada de hermosura me recorre el cuerpo. Tal vez esas instantáneas no hayan salido tan mal después de todo.

—¿No podían hacértelo de tu talla?

No entres al trazo. No entres al trazo. Las extensiones platino de la Reina de las Películas Adolescentes me rozan los ojos cuando se da la vuelta sacudiendo la cabeza para dirigirse hacia una de las pocas chicas que cabría en su traje, su colega Nicole Richie, que le está echando un vistazo a su flamante Motorola de cristales Swarovski.

Dos agudos gemidos rasgan el aire. Madonna y Gwyneth dan un grito de pánico cuando se descubren vestidas con la misma gama de rojos. Sin duda, mañana rodarán las cabezas de sus estilistas. Sus alaridos casi me hacen tropezar con Penélope Cruz, que le está lanzando invectivas a Alejandro González Iñárritu.

La cara de Penélope es el vivo reflejo de Sophia Loren en *Dos Mujeres*. Debe de haber acudido a Soho House para hacerse uno de sus suntuosos tratamientos faciales de acupuntura gratuitos. Nadie se levanta pareciéndose a Sophia Loren.

—Lola, mueve el culo hasta aquí —reconocería esa voz grave en cualquier parte. Ese pelo revuelto. Esa sonrisa. Esas oscuras y anticuadas gafas Ray Ban con forma de caparazón de tortuga. Juraría que son el mismo par que mi tío Jon llevó en la cena de Pascua cuando tenía ocho años. Me está llamando con grandes aspavientos desde su posición privilegiada en la zona vip del restaurante.

—Odio estas jodidas fiestas —me susurra al oído el tío Jon mientras se levanta para darme un abrazo.

—Sí, salvo que tengas una nueva estatuilla dorada que añadir a las tres que ya tienes en el cuarto de baño —murmuro a mi vez.

—Y ahora tu padre tiene dos. Siempre supe que Paulie Santisi volvería a lo grande. Ven, dale a tu tío un achuchón —dice uno de los más famosos humoristas de Hollywood, besándome. Al menos esta vez el tío Jon, que, no hace falta decirlo, no es tío carnal, se guarda sus comentarios para sí. Me hace un hueco a su lado junto a Barry Diller y Diane von Furstenberg, que están devorando su tercera ración del pegajoso flan de café con helado de vainilla. Barry Diller y Diane von Furstenberg han conseguido lo más cercano a la pequeña estatuilla de oro: estar entre los ciento setenta afortunados que Carter, «por selección natural», ha invitado a asistir de entre los es-

pecímenes A+++ que van a la cena de los Oscar de las 17:30. Las primeras y privilegiadas invitaciones con mejor horario recaen sobre aquellos seres superiores que no asisten a los Oscar, como Annette Bening y Sumner Redstone, quienes se llevarán a casa una de las luminosas cúpulas que adornan los centros de mesa grabadas por *Vanity Fair* para lucir en sus cuartos de baño.

Diane von Furstenberg me ofrece un poco de flan.

—Me he quitado del azúcar —respondo.

—Como todos nosotros —contesta mientras se mete una rebosante cucharada en la boca—. Estamos tan contentos por tu padre, querida —añade empujando el plato de flan hacia mí. Es fácil sentirse como Bill Murray en *Atrapado en el tiempo* durante la semana de los Oscar. La misma gente, la misma conversación; sólo cambian los vestidos de diseño. No ha pasado ni un día desde que estuvimos en casa de Barry y Diane en su *brunch* anual previo a los Oscar, cuando Diane von Furstenberg arrastró a mi padre como un peluche de la mesa de Nic Cage a la de Naomi Watts.

Descubro un pequeño cuadernillo gris sobre la mesa, medio oculto entre el bolso de avestruz de Judith Leiber y el centro de rosas de la mesa. Me apresuro a abrirlo. Dentro hay un bolígrafo plateado para que cada invitado apueste por sus favoritos mientras cenan mirando la ceremonia. Busco la página de los seleccionados al mejor director. Alguien se ha saltado el nombre de mi padre y ha señalado la casilla de Clint Eastwood. Arranco la página y la escondo en mi bolso Bottega de pitón. ¿No sería divertido guardarla en el libro de recortes familiar?

Imagino a los primeros comensales del lujoso restaurante tomando su famosa ensalada, los taquitos de solomillo con patatas fritas, judías verdes y *risotto* de setas mientras emiten sus votos. ¿Habrá apostado alguno de los invitados de Gray-

don Carter de la mesa uno por mi padre? Sin duda Barry Diller y Diane von Furstenberg lo habrán hecho, ¿o no? Imagino a Ronald Perelman ofreciéndose a encenderle el cigarrillo a Amber Valletta con uno de los mecheros de plata Dunhill con las iniciales V. F. grabadas, mientras presume con Fran Leibowitz de que Clint ha estado en su casa de East Hampton. Casi puedo oír los murmullos de desaprobación que ambos sueltan cuando Julia Roberts lee el nombre de mi padre.

Pienso en ir al siguiente salón para ver si Francis Ford Coppola y Larry David, o tal vez Anderson Cooper, han señalado el nombre de mi padre. Menos mal que las mesas están siendo retiradas, o ya estaría yo corriendo de una a otra robando los cuadernos de votos.

Ahí está ese camarero con champán. Levanto mi copa hasta los labios mientras observo en uno de los televisores de plasma que la comitiva acaba de llegar a la puerta. Mi copa se resquebraja contra las baldosas de terracota.

La cara de SMITH me observa desde la gran pantalla. Está regalando a los fotógrafos la sonrisa con la que consiguió que la revista *People* le nombrara «hombre más sexi del hemisferio» (Sexiest Man In The Hemisphere, aunque yo, menos grandilocuente, le llamo simplemente SMITH). Él solía ensayar conmigo esa sonrisa. Antes de destruir mi corazón y proporcionar a la prensa rosa su más suculenta exclusiva desde que la pobre Britney se rapara.

Dios, no. Está con *ella*. Y se están... *besando*. No puedo respirar. Creo que me voy a desmayar. Después de lo que sucedió hace apenas cuatro horas pensé que estaría preparada, pero me equivoqué. Pienso en lamer el champán del suelo junto a los zapatos de pedrería de Blahnik que lleva Rachel Weisz, pero no quiero parecer tan desesperada. SMITH y *ella* están por todas partes. No importa en qué dirección mire, siempre hay otra pantalla proyectando sus asquerosamente famosas ca-

ras. Soy como Alicia esquivando las tazas de té giratorias, dando vueltas cada vez más rápido.

Puedo sentir la humillación de un inminente ataque propio de los Indignos. Ya sabéis, esa horrible y enfermiza sensación de que todo el mundo en el planeta es más guapo, simpático, sexi, divertido, y va mejor vestido que tú. Los Indignos se quedan hibernando durante las rupturas públicas (desde que existe la web especializada en escándalos TMZ.com, ¿hay alguna ruptura en Hollywood que no se ventile inmediatamente? Incluso la mía), los fracasos de taquilla o los cumpleaños, para salir a la luz, eufóricos, durante la semana de los Oscar. Los síntomas incluyen sobredosis de bótox, cábalas, campañas publicitarias, alta costura y Ativan, pero yo prefiero la antigua y buena costumbre de la posición fetal. Miro alrededor para encontrar algo que me aleje del frío suelo; mi vestido combinaría fatal con las baldosas naranja tostado. Me bebo de un trago el whisky con agua del tío Jon para calmar la marejada.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta el tío Jon cubriendo mi mano con la suya—. Estás muy pálida.

—Estoy bien, tío Jon —balbuceo—. Voy a dar una vuelta para tomar el aire.

El tío Jon alza la vista hasta la pantalla, y luego se vuelve a mirarme, entonces frunce sus famosas cejas y sonrío.

—Lola, las únicas personas a las que deberías mentir son los policías y tu novio —declara—. Cuídate, querida, y dile a tu padre que le quiero.

Una morena desconocida se acerca a él y aprovecho para marcharme.

ELLOS están entrando por la puerta. Tengo que salir de aquí si no quiero encontrármelos. SMITH no debe verme así vestida. Y sola. Ojalá Daniel Craig, sentado en aquel rincón, me rescatara en helicóptero y me llevara lejos del infierno de Mortons, directamente hasta Montecarlo.